

Homero, educador del pueblo griego

Luis Gustavo Lobo Bejarano

Investigador académico

Costa Rica

.....

La figura borrosa de Homero, que se confunde con la leyenda en las brumas de la historia de la humanidad, es —fundamentalmente— la figura formadora del pueblo griego.

Su retrato: un aedo viejo, en cuyos ojos no fulgura la luz del sol y en cuya frente hay una luminosidad particular y sosteniéndose en un cayado por el peso abrumador de los años, así le pinta la historia con tenues trazos que semejan un boceto de la efigie de un poeta...

Este hombre, se supone sea el autor de dos epopeyas inmortales: *La Ilíada* y *La Odisea*.

Pero... ¿Existió realmente Homero?

Esa es una cuestión que no podemos dilucidar tan fácilmente. En sí, Homero es la encarnación del espíritu del pueblo griego.

Homero creó un concepto muy particular de nobleza. Es la “nobleza homérica” a la que alude Jaeger en su obra *Paideia*: Los ideales de la cultura griega. Ahora bien, el griego puso muy en alto ese concepto de nobleza, considerándolo fundamental para la educación y esa educación es la base del ideal del hombre griego. Dicho concepto es la **areté**.

La nobleza no sólo implica nacer de cuna ilustre, sino una búsqueda constante de la belleza. El griego ha buscado, constantemente, la belleza física y moral. Esa condición es fundamental en el hombre griego para no sólo lograr la belleza sino para hacerse acreedor a una **areté** que pueda conducir a la misma gloria que ésta propicia.

Ciertamente, la condición de nobleza la proporciona nacer en un abolengo ilustre, mas para el griego esto no es

lo único. Dicha condición puede darse en las personas humildes “honrando a los dioses, a los padres, a los extranjeros, observando reglas de prudencia para la vida, así se puede lograr una buena **areté**.” (Jaeger, 1974, p. 19)

Si se toma en cuenta que la **areté** es la “excelencia humana” y además “la superioridad de los seres no humanos”, como “el valor y la rapidez de los caballos nobles” o bien “la fuerza de los dioses” (Jaeger, 1974, p. 20, ver notas 2, 3 y 4), entonces tendremos que la **areté** es la excelencia en sí misma. Es esa excelencia que tienen de forma inherente los seres superiores, representados, en este caso, por los habitantes del Olimpo. Es un hecho interesante de observar, según acota Jaeger, que seres no humanos como los caballos nobles, también posean **areté**.

Esto lo podemos resumir en una premisa: la mayor excelencia puede ser obtenida por hombres e incluso, si es posible que los hombres lo hagan, ¿por qué no lo van a hacer también los animales? No se trata, en consecuencia, de una facultad selectiva, que pertenece únicamente a los seres considerados como superiores. Por tanto, la **areté** es una cualidad que viene inherente a cualquier ser vivo, así sea o no humano.

Hay ejemplos de **areté**, pudiéndose hablar de verdaderos modelos para el hombre griego, en las obras que marcan un hito en la historia de la humanidad: *La*

Iliada y *La Odisea*. Tales ejemplos, a saber, los encontramos en personajes como Aquiles, Patroclo, Héctor y Odiseo.

Todos ellos están identificados por una personalidad heroica y los cuatro son –a su modo– poseedores de un dramático destino, de los cuales el único que tiene un final venturoso es Odiseo.

Todos los casos reúnen las características necesarias para cumplir, debidamente, con su **areté**. Todos son nobles. Nobleza de abolengo y nobleza moral. Esto es lo que entendemos por nobleza homérica (Jaeger, 1974, cap. II).

¿Y la mujer? Jaeger (p. 36) señala que la **areté** de la mujer “es la hermosura”. Así en el caso de la mujer esta nobleza viene dada por su belleza como en el hombre los elementos más relevantes son el heroísmo y el valor.

Por eso, los tipos homéricos modelos para el griego son héroes que sufren, que lloran la muerte de sus seres queridos (*Iliada*, XVIII, 22 ss), que mueren heroicamente defendiendo sus ideales (*Iliada*, XXII, 361-64), o que después de padecer grandes infortunios, regresan a su hogar (Cfr. *Odisea*).

Lo más importante es que son humanos. Ese sentido de humanidad, esa conciencia de que se va a morir, como en el caso de Aquiles, hace que el héroe y, por supuesto, su **areté**, no se encuentren tan lejos del ideal griego. Ese es, quizás, uno de sus puntos más importantes.

Podríamos intentar un somero análisis de las personalidades de los héroes en cuestión. No nos proponemos escribir la vida de cada personaje. El Pbro. Ángel María Garibay (1892-1967), en su obra *Mitología Griega. Dioses y Héroes*, ya realizó esa labor.

Aquiles, el protagonista (o causante de *La Iliada*) es de orden divino, poseedor de un alma vulnerable que se enardece en ira con extrema facilidad. Valeroso, lucha por obtener la gloria. Tiene que sufrir la muerte de su amigo y compañero de tienda Patroclo y le toca sufrir su propia muerte, cuya narración se inserta –curiosamente– al final de *La Odisea* (XXIV, 15 ss). Tiene la convicción de que va a morir y eso lo atormenta. Debe su educación al centauro Quirón (Garibay, 1989, p. 42), lo que lo convierte en un modelo perfecto de héroe. No en vano es el personaje central de *La Iliada*.

Patroclo, el amartelado amigo de Aquiles, constituye un ejemplo de fidelidad, con ciertos rasgos de “valentonía”. De noble estirpe, a causa de un accidente se refugia en casa de Peleo donde conoce a Aquiles (Garibay, 1989, p. 199). Patroclo constituye el compañero ideal, el amigo fiel, el apasionado devoto, creador y víctima de un amor puro.

Patroclo, en sí mismo, reúne características muy similares a las de Aquiles, a tal punto que las hazañas de ambos héroes se confunden porque

se encuentran enlazados no sólo en el ámbito guerrero sino en el cariño, la amistad, el aprecio y la devoción que los dos héroes se consagran.

Héctor es el prototipo del héroe troyano por antonomasia. Hijo de Príamo, no podía venir de más noble estirpe, casó con Andrómaca y tuvo como hijo a Astianax. La historia le pinta como un padre y esposo amantísimo. Hombre valeroso, de conducta intachable, tiene de su lado al mismo Apolo que lo salva de ser herido por Áyax, lo que le da la oportunidad de matar a Patroclo, creando de esta manera su propia perdición, pues Héctor morirá a manos de Aquiles (Garibay, 1989, p. 115-116).

Finalmente, Odiseo. También es de origen noble. Hombre audaz y sagaz. En *La Odisea* se muestra también aventurero y prudente. Se le ve, además, como un hombre agradecido ante todo por la fidelidad de Penélope y el amor que le profesa su hijo Telémaco (Garibay, 1989, p. 178-179). No posee el carácter divino de Aquiles –como tampoco lo poseían Héctor y Patroclo– por lo que la idea de la muerte que tanto atormentaba a Aquiles, no tiene la relevancia que posee en el caso señalado. El caso es muy simple: si Aquiles veía la muerte como un mal que lo separará de su madre –una inmortal–, estos hombres veían en la muerte un bien, pues se trataba de ir a descansar al reino de Hades, antes de reemprender el alma una nueva

labor en un cuerpo nuevo, según afirma Platón en su diálogo “Fedón o de la inmortalidad del alma” (*Diálogos*, 1884, p. 415-416).

Así son los tipos homéricos: aguerridos, gallardos, valientes y fornidos, que sin temor cumplen con su destino y su **areté**.

Sin embargo, hasta los paladines presentan antagonismos y es factible encarar situaciones anómalas entre un héroe y otro. El ejemplo más simple: Aquiles-Odisseo.

El problema de Aquiles es más complejo de lo que se cree. Lo martiriza el asunto de su mortalidad. Es hijo de una diosa (Tetis) y eso mismo hace que el personaje revele una cierta altanería. Sus decisiones son indiscutibles. Su poder, descomunal y el amor —cuya representación es Patroclo—, le es arrebatado de un zarpazo por Héctor. El orgullo siempre es acompañado de aflicción y soledad.

Odisseo, caso contrario, de noble estirpe, es un hombre feliz. Valeroso, sí. Osado. Es consciente de su condición de mortal, lo que le evita los problemas de Aquiles. De carácter humilde, acoge los consejos de quien desee ayudarlo (como por Eolo, el dios del viento). Y tiene una ventaja que no posee Aquiles: el amor de su esposa se duplica con el de su hijo.

Un hijo implica, necesariamente, un heredero. Y por lo que Aquiles perdió a manos de Héctor —al menos en la narración del poema homérico—, Odisseo recibe el doble.

Ese factor de dicha, de felicidad con que se cierra esa gran epopeya que es *La Odissea*, hace que el personaje se sienta más cerca del ser humano; mientras se siente más que Aquiles pertenece al mundo de los dioses. Por eso, según Joseph Campbell, Aquiles debe morir:

y abandonando el odio y el amor; viviendo en la soledad, comiendo poco, dominando la palabra, el cuerpo, la mente, siempre en meditación y concentración, cultivando la liberación de las pasiones; olvidando la vanidad y la fuerza, el orgullo y la lujuria, la ira y las posesiones, tranquilo de corazón y libertado de su ego, merece volverse un solo ser con lo imperecedero. (Campbell, 1959, p. 197)

La disparidad de personajes permite entrever las características de cada uno, su forma de pensar y de actuar, su final y eso hace posible, entonces, que se pueda entregar el lauro a Odisseo...

Pero sólo puede ser propiamente educadora una poesía cuyas raíces penetren las capas más profundas del ser humano que

aliente un ethos, un anhelo espiritual, una imagen de lo humano capaz de convertirse en una constrictión y en un deber. La poesía griega, en sus formas más altas, no nos ofrece un fragmento cualquiera de la realidad, sino un escorzo de la existencia elegido y considerado en relación con un ideal determinado.” (Jaeger, 1974, p. 49)

El creador de la más alta poesía griega es Homero.

Homero es, en consecuencia, el educador más preclaro del pueblo griego. La importancia de Homero como educador, es esencial.

Dentro del pueblo griego, la formación iba de acuerdo con la **areté** e incluso, de acuerdo con la nobleza de una persona.

La educación, según lo sentía la sociedad griega de aquel entonces, era fundamental en el panorama de la misma civilización helena.

La educación, ante todo, es la base del pueblo griego y la poesía –en su más alta cima- es el principio creador de esa educación. Pero ¿por qué la poesía?

Porque la poesía entra, según Jaeger (1974), en las capas más profundas del ser humano y cuando un baluarte como la educación penetra hasta esas

capas, hay posibilidades de crear una civilización como la que lograron crear los griegos. Y Aristóteles lo plantea más claramente, al decir que Homero nos presta hombres de calidad, para ser imitados por el hombre común, tal es su modelo educativo: “Sófocles será un mismo imitador con Homero, en cuanto ambos imitan a los hombres de calidad” (Aristóteles, 1978, p. 7).

Y también porque la educación sienta los precedentes inmarcesibles de la justicia, la alegría y la paz.

Después de sentar bases, dar premisas, ejemplificar y de todo el trabajo que conlleva, concluyamos: ¿Cuál es el legado homérico?

La respuesta no es solamente *La Ilíada* y *La Odisea*, porque el legado homérico en el factor educativo de la sociedad griega es de vital importancia para el griego antiguo.

Homero es modelo de poetas, de artistas, de creadores. La educación que brindó a sus compatriotas se basó en la cima más alta de la literatura: la poesía. Pero no la poesía porque sí, sino la poesía épica, la que permite asomarse a la vida a los héroes y de los dioses, la que proporciona pautas y ejemplos que seguir en todos los campos y, de manera particular, muestra a sus contemporáneos los mejores **aretés** a las que es posible aspirar.

De ahí la importancia de Homero como educador. Y es que su figura es de una relevancia tal que, si no existió, el griego tuvo la necesidad de crearlo para hacerlo autor de los dos monumentos más maravillosos de la literatura occidental. Quizá por eso, su figura se confunde con la leyenda entre las brumas de la historia.

Por eso Homero nos infunde respeto, admiración.

Porque su legado, en sí, fue haberle cedido a la humanidad una civilización y una cultura que han iluminado a muchas otras –la nuestra entre ellas–, y que nos sentó las bases de lo que hoy día somos. Ese legado es la civilización de los helenos.

Bibliografía

- Aristóteles (1798). *Poética*. Traducción de José Goya y Muniain. Recuperado de: <http://www.feedbooks.com>
- Campbell, Joseph (1959). *El héroe de las mil caras*. México. Fondo de Cultura Económica. Recuperado de: <http://elcinesigno.files.wordpress.com/2011/07/campbell-joseph-el-heroe-de-las-mil-caras-241p.pdf>
- Garibay, Ángel María (1989). *Mitología Griega. Dioses y Héroe*s. 11ª edición. México: Editorial Porrúa.
- Homero (1990). *La Ilíada*. Traducción Luis Segalá y Estalella. 23ª edición. México: Editorial Porrúa.
- Homero (1991). *La Odisea*. Traducción Luis Segalá y Estalella. 24ª edición. México: Editorial Porrúa.
- Jaeger, Werner (1974). *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Traducción Joaquín Xirau. 2ª edición, 3ª reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica.
- Platón (1984). *Diálogos*. (Estudio Preliminar de Francisco Larroyo). 20ª edición. México: Editorial Porrúa.